

y por la escultura obscenas, lo hace porque á la obscenidad rinde culto.

Quedan todavía en el discurso de Picón y en el elogio que de él hace su amigo muchas cosas dignas de severa censura; pero la refutación minuciosa de todo lo que en ambos escritos la merece bastaría por sí sola para llenar un libro.

XVII

A DOÑA EMILIA

Donde se halle.

(CARTA DE LA GARDUÑA.)

Respetable señora mía: Desde el desván oscuro y telarañoso de un antiguo parador de la carretera de Madrid á la Coruña, me acabo de enterar hoy mismo de que usted cree que yo tengo alas, y vuelo cuando se me antoja...

¡No fuera malo!...

Pero desgraciadamente no es así... Y no queriendo dejar á usted en error tan grave, allá van estas cortas letras á sacarla de él, si es posible.

La cosa ya no es reciente, por lo visto. Cinco años y pico diz que hace ya que usted soltó esa especiota disparatada en un periódico de esos que llaman *ilustrados*; pero yo no lo supe hasta ahora.

Y no debe usted extrañar mi atraso de no-

ticias, ni argüirme por él; pues si yo he tardado más de cinco años en enterarme de que usted ha dicho que tengo alas, mayor es el atraso de usted, que ha tardado más de cincuenta en enterarse de que no las tengo.

Aparte de que mi tardanza es más disculpable. No soy aficionada á la lectura, y menos á la de papeles así de poca sustancia; pero aunque lo fuese, tampoco tendría muchas ocasiones de leer, andando como tiene una que andar casi siempre al salto de mata. La noche la paso cazando, sin luz ordinariamente y sin periódicos, y el día le suelo pasar en este desván, que, como dejo dicho, está oscuro... y no huele á queso siquiera... De modo que aun ha sido pura casualidad el enterarme ahora.

Verá usted cómo y de qué manera.

El vecino de abajo, el del parador, en vista de lo malo que iba su oficio, pues ya no pasa una alma por la carretera, ha tenido que dedicarse á la caza...

Bueno, quiere decirse que á la caza también se dedicaba ya antes, como usted y como yo y como todo el mundo: él á la caza de pasajeros; usted á la de lectores y de cosas que dar á leer; yo á la de pollos y gallinas y lo que caiga...

Pero, en fin, el caso es que el mesonero, viendo que apenas paraba un viajero á quien desplumar, se ha dedicado á desplumar perdices, ó más bien á matarlas para que otros las

desplumen y las coman después que se las compren.

Uno de estos días pasados, en cuanto empezó la veda, que es cuando se venden más y mejor, se fué á Madrid á vender una piña, y acertó á cruzar la Puerta del Sol á la sazón en que un gandulejo, de esos que llaman *golfos*, vendía allí números sobrantes del *Blanco y Negro*, pregonándolos con voz chillona:

—¡Tres por un perro chicooo...! ¡Tres por un perro chicooo...! ¡Números diferentes con infinidad de estampas y grabados...! ¡Tres por un perro chicooo...! ¡Que esto es de balde! ¡Tres por un perro chicooo...!

Le chocó al hombre la baratura, y acordándose, como Julián el de la *Verbena*, no de que tiene madre, porque no la tiene ya, pero sí de que tiene hijos pequeños, pagó su perrín, cogió sus tres números y los trajo á casa para que su consorte entretuviera á los niños enseñándoles los *santos*...

Ayer tarde llegaron aquí unos señoritos cazadores, con objeto de tomar el tren mixto en el vecino apartadero de Las Matas, para volverse á Madrid; y como supieran que el tren venía retrasado aún más que lo de costumbre, mandaron á la mesonera que les hiciera de merendar, poniéndose entre tanto á hojear aquellos cuadernos que andaban rodando por los escaños de la cocina, sin que les hicieran ya caso los rapaces.

Escuchábales yo desde mi desván la conversación, y les oí luego dar grandes risadas.

—¡Ja ja ja ja!... ¡Mira que poner alas á la garduña y asegurar que vuela!—decía uno.

—¡Qué atrocidad!—añadía el compañero.—Sólo á ella se la podía ocurrir semejante desatino; pues seguramente no hay nadie más que ella en España que no sepa cómo es la garduña...

¿Quién será *ella*?—decía yo para mi coletito, y seguía escuchando.

—¡Pues, anda, que el ilustrador!...—continuaban.

—¡Sí, también estará buen pollo; que pone allí arriba por garduña un avechucho volando!...

—Tal para cual... ¿Y qué diremos del periódico que lo publica?...

—¡También el tal periódico tiene buen saque!... ¡Ja ja ja ja! ¡Pues esta es otra!... Aquí, en el mismo número, que es el del día 2 de Mayo...

—Día de víctimas...

—Sí, del día 2 de Mayo de 1896, aquí en este fotografiado de la portada, que se titula *Mes de María*, debajo de esta Imagen de la Virgen rodeada de ramos y flores, se lee: ¡REGINA CAELIS!...

—¡Qué barbaridad!... ¡Ja ja ja ja! ¡*Regina Coelis*!... ¿Y ese es el periódico que ha hecho casa nueva?...

—Sí, hombre; pero has de considerar que para hacer casa nueva no se necesita saber latín... ni castellano... ni historia natural, sino tener dinero...

Se marcharon los cazadores después de merendar, y me quedé yo en mi escondite, muerta de curiosidad por saber quién me había hecho el regalo de las alas; pero no tardé mucho en averiguarlo. Verá usted por qué casualidad lo he aprendido.

Anoche, después que yo salí de garveo, se la ocurrió á la mesonera asar en el rescoldo un chorizo para que hoy por la mañana le llevara su marido de merienda al monte, y le envolvió en uno de aquellos papeles previamente mojado. Pero en cuanto le sacó de la lumbre y se descuidó un poco, un gatazo que tiene, muy goloso, la hurtó la vuelta y aun el chorizo, trayéndole con envoltura y todo aquí al desván, donde le desenrolló del papel haciéndole rodar y le cenó tranquilamente.

Cuando, ya contra la mañana, volví yo á mi retiro, perseguida por un perro guto que me había sentido andar al olismo de una manada de pollos, encontré aquí el papel empiñentonado y grasiento; y un rato más tarde, á la luz del primer rayo de sol que entró por una rendija, me puse á leerle y me enteré de que á usted se referían en sus burlas los cazadores, y de que usted ha dicho efectivamente que yo tengo alas...

¡Ay! No, señora, no: créame usted... ¿Qué más quisiera yo que tener alas? ¡Cómo me reiría de los perros y de todo el mundo!... Mas por desgracia, no las tengo.

Tampoco usted las tiene; ni las materiales del ave, ni las metafóricas del genio. Pero usted, bien mirado, no las necesita...

¿Qué falta la hacen á usted las alas?... Usted es una señora y tiene dinero... Cuando la conveniencia ó la vanidad se lo piden, ó lo que es lo mismo, cuando á usted se la antoja, se pone en el tren expreso y se va á París de Francia en un periquete... Ojea usted sin zozobra los escaparates, porque como va usted bien vestida, vamos, con buena ropa, nadie desconfía de usted... Hace usted presa en Ozanam, en Montalembert, en Emilio Zola, en Melchor de Vogüe... y se vuelve usted á Madrid tranquilamente, trayéndose en el baúl las piezas á casa. Algún tiempo después pone usted á la venta el *San Francisco*... los *Pazos de Ulloa*... la *Novela en Rusia*... y tan cam-pante.

Eso es cazar á gusto, señora, y no como yo, la triste de mí, siempre acechada y perseguida y acosada, no tanto por el daño que pueda hacer, cuanto por lo mucho que todos estiman mi pellejo; aun más que yo misma, y eso que le estimo bastante...

Sí; crea usted que con eso de valer tanto mi piel, los cazadores pobres, por ver de ganar

cinco ó seis duros, no me dejan ni á sol ni á sombra...

Y luego, como todo el mundo me conoce tanto, menos usted, y todos saben mis costumbres, mis aficiones y mis maturrangas, toman precauciones contra ellas, y por dondequiera tropiezo con dificultades y peligros.

Si trato de subirme á un palomar, me encuentro á lo mejor con una cantonera de hojalata, donde se me resbalan las uñas, y de allí no paso. Si voy á entrar en un gallinero, casi siempre hay algún perro en el corral, que apenas me siente se lanza tras de mí, me inutiliza la maniobra y me da un susto... ¡Ay! y gracias que el mejor día no tropiece con un cepo, donde quede presa y las pague todas juntas...

Verdad es que esto también la quiso ya suceder á usted, cuando aquel Icaza... ¡I-caza se había de llamar! la cazó á usted los plagios y se fué al Ateneo á enseñárselos á la gente.

Lo cual, aunque materialmente no la produjera á usted ningún quebranto, no dejaría de molestarla y causarla desasosiego.

Por lo menos á mí, cuando al rondar un gallinero con malos fines, ó al acabar de apoderarme de una gallina sorprendida en el nido, me denuncia un perro ladrándome, y se alborota la casa y sale la gente y arman una gritería contra mí llamándome plagiaria, ¡me da una vergüenza!..

Volviendo al cuento de usted, en el que dice

que yo tengo alas, oí decir á aquellos cazadores madrileños que era muy soso, y la verdad es que á mí también me lo parece. No soy erudita, ni gana; pero el simple sentido natural me hace descubrir allí muchos yerros graves.

Aparte del de adjudicarme las alas, que es de órdago.

Parece mentira que usted me desconozca así, cuando todo el mundo me conoce, y hasta creo haber oído que hay un libro titulado así como... *Zoología*, de un tal Pérez Arcas, que trae mi retrato y me describe con todos mis pelos y señales. La recomiendo á usted su lectura, mi señora doña Emilia; porque, mire usted, si le hubiera usted leído antes de escribir el dichoso cuento, no diría usted en él las cosas que dice.

En primer lugar, no querría usted hacerme tonta, porque en verdad, no lo soy, ni lo he sido nunca.

Quien lo es de remate es el guardia civil que cuenta el cuento, al que le hace usted decir: «pensé para mí»... ¿Para quién había de pensar? Para sí piensa todo el mundo. Usted ha oído y leído: «*dije para mí*», lo cual está bien, porque uno puede decir una cosa sólo para sí, ó decirla también para otros. Pero «*pensé para mí*», es un disparate, porque no se puede pensar de otra manera. No hay que confundir las cosas... ni los verbos.

También hace usted decir al tonto del sar-

gento que el señorito «levantó la cabeza y se puso á registrar el cielo», preguntando luego al motril: «¿No ves allí á esa bribona?» (¡Gracias por el favor, señora!) Y como el motril le preguntara «á quién» contestó el señorito: «A la garduña... mírala, mírala.»

¿De modo que usted cree que el señorito me vió en el cielo?

...¡Buenas y gordas!... Nunca subí allá, ni subiré... Y á usted la costará trabajo. Lo que es como siga usted escribiendo novelas naturalistas...

También levanta usted otro falso testimonio á los cuervos, diciendo que comen á los labradores el trigo recién sembrado.

¡Pobres cuervos! ¡Así se escribe la historia... natural!

Puedo asegurar á usted que no lo prueban. Si acuden á las heredades recién aradas, es á comer sapos y morucas y otros gusanillos que han quedado arriba; pero granos no: los cuervos son carnívoros.

En cambio también dice usted que yo como sapos, y también se equivoca usted en esto. Yo no como esas porquerías, sino gallinas y pollos, y huevos y otros bocados exquisitos.

Más adelante dice usted que otro día, que el señorito no tenía escopeta, estuve más de una hora suspensa en el aire (¡yo, la garduña!) burlándome de él, fija, muy baja, *haciendo la plancha*...? No es verdad. Eso sí que no se lo con-

siento á usted ni se lo perdono. ¿Yo haciendo la *plancha*...? He oído que las hacen algunas personas, pero lo que es yo... jamás en mi vida.

Todavía dice usted que el señorito me mató al vuelo (á mí, á la garduña... ¡para él estaba!) y que caí y que medía tres cuartas de punta á punta de las alas... ¡Todo mentira, créame usted, señora, todo mentira!

Añade usted que un domingo me zampé una paloma... Eso sería verdad... y aun que no fuera domingo me la hubiera zampado igualmente, porque no las como solamente los días de fiesta, sino todos los días que las atrapo...

Y de eso nacería el error de usted. Oiría usted decir que la garduña había comido una paloma, y como también las comen los azores, creyó usted, en su ignorancia inverosímil, que la garduña era una ave de rapiña.

Y luego se puso usted á escribir sin preguntar á nadie (contra el consejo que repetidas veces la han dado á usted personas ilustradas y caritativas, de que pregunte usted las cosas antes de escribir), y salió usted con su cuento *Pena de muerte*, que ha sido verdaderamente cuento de risa.

Conque cónstela á usted, señora, que yo no tengo alas; y con expresiones á su compañero de equivocación el dibujante Sr. Heras, que ha tenido á bien representarme allá arriba en los aires en figura de cernolín, mande usted

con toda franqueza á su atenta y humilde servidora.—MARTA.

POSTDATA.—En este momento, escuchando á otros cazadores que, abajo en las habitaciones del parador, leen y comentan un libro, me entero de que usted, señora doña Emilia, por no dar su brazo á torcer, como suele decirse, ha tratado de defender su error garrafal de que yo, pobre mustélida, tengo mi par de alas y levanto el vuelo igual que un pájaro.

Y como la defensa no era muy fácil ni usted muy habilidosa, el resultado parece que ha sido... aquello que usted decía equivocadamente que me habían visto hacer á mí en las nubes, la *plancha*; una nueva *plancha* no menos risible que la de antes.

Cuentan estos cazadores que todavía sostiene usted que yo tengo alas, por lo menos en Galicia.

¡Qué simpleza, señora! Ni en Galicia, ni en ninguna parte. En Galicia soy lo mismo que aquí. ¡Figúrese usted si lo sabré yo, cuando precisamente de Galicia vino mi abuela hasta los alrededores de Madrid, siguiendo á una galera que traía entre su cargamento una gran jaula de gallinas!... Y sin probarlas, porque venía allí un condenado de un perro que no se dormía nunca. Se lo oí muchas veces...

Pues sí, como la iba diciendo, uno de estos

cazadores está contando á sus compañeros que... Pero mejor será trasladarla á usted lo que dice:

—... Y nuestra doña Emilia, en vez de retirar de la circulación el malaventurado cuento para que se fuera olvidando, le ha reproducido con otros varios hermanos en sosura en un libro, y allí, disimuladamente, sin aparentar defenderse contra las bromas de que ha sido objeto, como aquella de *Gedeón* cuando el estreno del *Cirano* de Rostan (1), desliza usted la especie de que en Galicia se llama garduña al milano. Para hacer creer á sus lectores esta paparrucha—continúa el cazador—ha ideado doña Emilia una traza que á ella la habrá parecido muy ingeniosa y fina, pero que es tan burda que se descubre desde una legua. La traza consiste en poner al final del libro, á modo de vocabulario, una lista de palabras con el siguiente encabezamiento:

«Significación de algunas voces regionales usadas en este libro, para inteligencia de los que desconocen el habla y modismos gallegos».

—Y entre esas voces—dice otro cazador—figurará la garduña... con alas... Por supuesto.

(1) Son tres poetas de Cataluña
Que han hecho solos la traducción;
Y con sus versos de triple cuña
Vuelan más altos que la garduña
De doña Emilia Pardo Bazán.

—Claro, hombre; ni que decir tiene. Figura la *garduna* con la calumniosa definición de «ave de rapiña, especie de milano». ¡Como que sólo para eso hizo doña Emilia su lista!

—Sí, evidentemente.

—Lo malo es que, como la pobre doña Emilia sabe tan poco de todo, fué tan corto el número de palabras que logró reunir en su vocabulario, que éste resulta sumamente ridículo. ¿Sabéis cuántas *voces regionales*, como ella dice, ha llegado á juntar doña Emilia para hacer compañía á su *garduña*?... Unas cuarenta.

—¡Buen recado!

—¡Ah! pues todavía no sabéis lo mejor... ó lo peor, si queréis, para doña Emilia, y es que de esas cuarenta palabras, la mayor parte son tan gallegas y tan regionales como el sol y la luna: es decir, que son palabras de uso general y algunas comunísimo conocidas en todas partes, hasta en la Academia, que es cuanto puede decirse; pues las trae el Diccionario oficial.

—¡Qué cosas tienes!

—¡Siempre con tus bromas!

—¡Siempre el mismo!

Esto dijeron casi á un tiempo los otros cazadores, y se reían mucho. Pero el que habló primero les replicaba:

—No es broma, no seáis inocentes, no creáis que es broma. Aquí teneis el libro. Veréis,

veréis cuáles son las palabras cuya significación ha creído necesario explicar á sus lectores doña Emilia... Mirad:

ATERECIDOS. En el Diccionario está el verbo *aterecerse*, como *aterirse*.

CAZATA...

—¡Ja ja ja! (risa general).

—¿Creerá la buena señora que sólo en Galicia se dice cazata?...

—Bueno, pues ved lo que son las cosas: cazata no está en el Diccionario; pero es palabra que, no siendo los académicos, nadie desconoce en España.

—CHICHARROS...

—Conocida en todas partes.

—Hasta en Bilbao.

—Y hasta en la Academia.

—COMPANGO... Está en el Diccionario.

—Y es de uso popular.

—ESPETAR...

—Conocidísimo.

—Y también en el Diccionario académico.

—MANCAR... Lo mismo.

—PENCO...

—¿Penco?—pregunta uno.

—¡Penco! —dice admirándose otro.

Aquí las carcajadas son tan fuertes que me estremecen el desvan.

—¿Pero también penco cree doña Emilia que es palabra desconocida fuera de Galicia?

—dice otro.

—¿Pero habrá algún pueblo en España donde no se diga y se oiga mil veces la palabra *penco*?

—Que además está en el Diccionario.

—Pero ¿dónde ha vivido esa señora? se preguntan los cazadores unos á otros, y continúan riéndose un buen rato.

El que tiene el libro continúa:

—RAPOSO... *Zorro*...

Aquí sueltan otra carcajada estrepitosa.

—¿Qué nos cuenta usted, doña Emilia?

—¡Si es tan vulgar un nombre como el otro!

—Y ambos están en el Diccionario.

—ROJA... rubia... Y así por este estilo. De modo que, como veis, para poner cuarenta palabras de escolta á su *garduña*, ha tenido que reproducirlas del Diccionario...

—¡Tiene gracia!

—No ha conseguido más que poner de manifiesto su ignorancia.

—¡Ya, ya!... ¡Y precisamente ahora que acaban de hacerla Consejera de Instrucción pública!

—Pues ¡vaya unos *consejos* que dará en asuntos de instrucción!—¡Vaya unos informes!

—Particularmente en Historia Natural... Informará que la *garduña* vuela.

—¡Si que en asuntos jurídicos!... ¡inhibiéndose al revés!...

—¡Pues anda que si la toca hablar de religión y trabuca las penas de daño y de senti-

do... Ó la da por colgarle á San Pablo epístolas apócrifas!

—¡Y no digamos nada si se mete en frases, y ponderando la buena salida de una mercancía dice que *se vende como pan bendito...* que es el único pan que no se vende!

—En esos errores ya no caerá; porque hace tiempo que la sacaron de ellos, con advertencias más ó menos suaves, almas caritativas. Pero caerá en otros.

—Ó no ha de hablar, ó...

Todo esto dicen riéndose mucho los cazadores... Conque allá usted, señora. Yo me limito á decirla á usted otra vez que no tengo alas, y por lo demás, como dice el sacristán de Galapagar cuando viene á merendar abajo y murmura de alguno, *relata refero*.

Suya *ut supra*.

MARTA.

FIN

ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
8	26	en	es
28	11	pedir <i>algo</i> al	pedir al
30	20	<i>dormitad</i>	<i>dormitat</i>
55	15	las obras	de las obras
87	18	verso	verbo
87	30	hemitiquios	hemistiquios
96	23	demasiados	demasiado
146	18	ábate que quiere	<i>ábate</i> quiere
168	5	beueíngusto	de buen gusto
205	14	¡Y tan pesado!	¡Y tan pasado!
213	19	llamen	llame
223	18	abora	ahora
244	20	una	un
254	11 y 12	desliza usted la	desliza la